

Si deseas leer esta obra en otros idiomas, sólo tienes que hacer clic sobre los enlaces correspondientes:

- Inglés InfoBooks.org: [Wuthering Heights author Emily Brontë](#)
 - Portugués InfoLivros.org: [O Morro dos Ventos Uivantes autor Emily Brontë](#)
 - Francés InfoLivres.org: [Les Hauts de Hurle-Vent auteur Emily Brontë](#)
-

Si quieres acceder a nuestra biblioteca digital con más de 3.500 libros para leer y descargar gratis, te invitamos a que visites esta página:

- [+3.500 libros gratis en formato PDF](#) en InfoLibros.org

CAPÍTULO I

Regreso en este momento de visitar al dueño de mi casa. Sospecho que ese solitario vecino me dará más de un motivo de preocupación. La comarca en que he venido a residir es un verdadero paraíso, tal como un misántropo no hubiera logrado hallarlo igual en toda Inglaterra. El señor Heathcliff y yo podríamos haber sido una pareja ideal de camaradas en este bello país. Mi casero me pareció un individuo extraordinario. No dio muestra alguna de notar la espontánea simpatía que experimenté hacia él al verle. Antes bien, sus negros ojos se escondieron bajo sus párpados, y sus dedos se hundieron más profundamente en los bolsillos de su chaleco, al anunciarle yo mi nombre.

—¿El señor Heathcliff? —le había preguntado. Se limitó a inclinar la cabeza afirmativamente.

—Soy Lockwood, su nuevo inquilino. Me he apresurado a tener el gusto de visitarle para decirle que confío en que mi insistencia en alquilar la Granja de los Tordos no le habrá molestado.

—La Granja de los Tordos es mía —contestó, separándose un poco de mí,

—y ya comprenderá que a nadie le hubiera permitido que me molestase acerca de ella, si yo creyese que me incomodaba. Pase usted.

Masculló aquel «pase usted» entre dientes, y más bien como si quisiera darme a entender que me fuese al diablo. Ni siquiera tocó la puerta para corroborar sus palabras. Pero ello mismo me inclinó a aceptar la invitación, porque parecía interesante aquel hombre, más reservado, al parecer, que yo mismo.

Al ver que mi caballo empujaba la barrera de la valla, sacó la mano del chaleco, quitó la cadena de la puerta y me precedió de mala gana. Cuando llegamos al patio gritó:

—¡José! Llévate el caballo del señor Lockwood y tráenos de beber.

La doble orden dada a un mismo criado me hizo pensar que toda la servidumbre se reducía a él, lo que explicaba que entre las losas del suelo creciera la hierba y que los setos mostrasen señales de no ser cortados sino por el ganado que mordisqueaba sus hojas.

José era un hombre maduro, o, mejor dicho, un viejo. Pero, a pesar de su avanzada edad, se conservaba sano y fuerte. «¡Válgame el Señor!», Murmuró con tono de contrariedad, mientras se hacía cargo del caballo, a la vez que me miraba con tal acritud, que me fue precisa una gran dosis de benevolencia para que impetraba el auxilio divino, a fin de poder digerir bien la comida y no con motivo de mi inesperada llegada.

La casa en que habitaba el señor Heathcliff se llamaba Cumbres Borrascosas en el dialecto de la región. Y por cierto que tal nombre expresaba muy bien los rigores atmosféricos a